

Mil años en un día: el encuentro del papa Francisco y el patriarca Kirill

El 12 de febrero de 2016, en el aeropuerto de La Habana (Cuba), tuvo lugar el histórico encuentro entre el papa Francisco, obispo de Roma, y Kirill, patriarca de Moscú y de todas las Rusias. El encuentro supuso ya en sí un acontecimiento, pues se trata del primer encuentro en la historia entre un líder católico romano y uno ruso ortodoxo, pero además vino acompañado de la firma de una declaración conjunta. En este editorial, ofrecemos algunas informaciones que permitan analizar y situar este hecho en su contexto, comprender sus precedentes y su significado e interpretar los contenidos concretos más relevantes.

Historia de un desencuentro

Suele indicarse el año 1054 como fecha del Cisma de Oriente debido al conflicto vivido en ese año, con la mutua excomunión del cardenal Humberto de Silva Candida, legado del papa León IX, y del patriarca de Constantinopla, Miguel I Cerulario. Aunque el hecho en sí admite diversas interpretaciones, y aunque es evidente que se puede excomulgar a personas pero no iglesias en su conjunto, lo que resulta claro es que ese momento visibilizó formalmente un conflicto abierto. Es, por decir así, la punta de un iceberg que tiene mucha historia detrás, y también mucha por delante.

Podría señalarse también la fecha clave del año 1014, cuando la controversia del *Filioque* pasa claramente del ámbito teológico al político. Desde el siglo VI, las iglesias latinas occidentales fueron

introduciendo en el Credo la expresión "el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo" (*ex Patre Filioque procedit*), fórmula que no aparece en el Símbolo de Nicea y que resultó inaceptable para la tradición oriental. Pero lo que podría verse como una simple disputa teológica, adquiere nueva relevancia con la coronación de Enrique II como emperador del Sacro Imperio, en 1014. En dicha ceremonia, el papa Benedicto VIII recitó el Credo con la fórmula del *Filioque*, dándole así carta de naturaleza en la misma Roma y entremezclando el asunto teológico con la dimensión política.

Todo ello podría verse, sin más, como parte del anecdotario de la historia eclesiástica o política. Pero en realidad denota "un estado de ignorancia recíproca", por emplear la expresión de uno de los principales expertos católicos, el religioso asuncionista francés Martin Jugie. Expresión referida al siglo XI pero que, desgraciadamente, se ha mantenido en los siglos posteriores. La cuestión se tensa, se agrava y se agudiza durante el periodo de las cruzadas. En ese contexto, Miguel III Anghialos, patriarca de Constantinopla entre 1170 y 1178, llegó a afirmar: "Que los sarracenos sean nuestros dueños en lo referente a las cosas exteriores, pero yo no quiero asociarme con los italianos en materia espiritual". Mejor el turbante que la mitra.

En definitiva, como diversos especialistas han señalado, se trata de un lento y complejo proceso de distanciamiento, que incluye aspectos culturales, espirituales, teológico-dogmáticos, históricos y políticos. Como dijo Juan Pablo II en 1995, hay un «progresivo alejamiento que hace que la diversidad ajena ya no se perciba como riqueza común, sino como incompatibilidad» (*Oriente Lumen*, n. 18). Al respecto, el dominico Yves Congar agrupaba los principales hechos que han contribuido a la separación entre Oriente y Occidente. En primer lugar, hechos políticos que arrancan con Constantino y la vinculación de la Iglesia con el Imperio; siguen con Mahoma y la irrupción del Islam; cristalizan con Carlomagno y el Sacro Imperio; y alcanzan el culmen con las Cruzadas. En segundo lugar, hay hechos de orden cultural y religioso, entre los que cabe señalar la lengua, las distintas premisas, el método teológico, los conceptos doctrinales o los ritos. En tercer lugar, hay hechos de carácter eclesiológico, pues los orientales subrayan más el sentido de la Iglesia local mientras

que los occidentales insisten en el carácter unificado de la Iglesia universal. Por todo ello, se hace evidente lo que indicaba Juan Pablo II hace ya más de treinta años: «Una manera importante de crecer en la comprensión recíproca y en la unidad consiste precisamente en mejorar nuestro conocimiento recíproco», así como en «mantener contactos recíprocos» (*Oriente Lumen*, nn. 24-25).

Historia de un encuentro

En esa dirección se han producido avances significativos en las últimas décadas que, sin duda, han ido preparando el terreno para el acontecimiento que hoy comentamos. Es conocido que el futuro Juan XXIII trabajó como delegado apostólico en Bulgaria, Turquía y Grecia, lo cual le proporcionó un contacto directo con las Iglesias orientales, hasta el punto de que, posteriormente, los ortodoxos rusos le consideraron el patrón del movimiento ecuménico. Debemos destacar, de manera intensa, el abrazo entre el papa Pablo VI y el patriarca ecuménico Atenágoras I, en la víspera de la clausura del Concilio Vaticano II. Junto a ese emotivo y muy significativo gesto, ambos firmaron el 7 de diciembre de 1965 una declaración conjunta en la que, entre otras cosas, decidieron “cancelar de la memoria de la Iglesia la sentencia de excomunión que había sido pronunciada”.

El largo pontificado de Juan Pablo II supuso un gran impulso al acercamiento entre la Iglesia latina y las Iglesias orientales. El año 1995 resultó particularmente fecundo. A la ya citada carta apostólica *Oriente Lumen*, hay que añadir la nota que ese mismo año publicó el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos sobre *Las tradiciones griega y latina en relación a la procesión del Espíritu Santo*, que abre la vía para una aclaración del delicado asunto del *Filioque*. El propio Juan Pablo II había manifestado, en presencia del Patriarca ecuménico Bartolomé I, el deseo de que se clarificase

“la doctrina tradicional del *Filioque*, presente en la versión litúrgica del Credo latino, de modo que se ponga en evidencia su completa armonía con lo que el Concilio ecuménico de

Constantinopla, en el 381, confiesa en su símbolo: al Padre como fuente de toda la Trinidad, único origen tanto del Hijo como del Espíritu Santo”.

Finalmente, el mismo año 1995 vio la luz la encíclica *Ut unum sint*, sobre el empeño ecuménico. En ella, Juan Pablo II sugiere «encontrar una forma de ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva» (*Ut unum sint*, n. 95). Esta valiente afirmación, que tiene implicaciones para todo el movimiento ecuménico, encuentra especiales resonancias de cara a la relación con las Iglesias orientales, dado que es precisamente la cuestión eclesiológica y el ejercicio del primado uno de los asuntos más delicados.

Un gesto muy relevante tuvo lugar cuando el papa Juan Pablo II, el 18 de enero de 2000, abrió la Puerta Santa de la Basílica de San Pablo Extramuros, acompañado por el metropolitano ortodoxo Atanasio. En la homilía pronunciada durante la celebración ecuménica, el Papa dijo con rotundidad: “pedimos perdón a Cristo por todo lo que en la historia de la Iglesia ha perjudicado a su plan de unidad”. Durante el pontificado de Benedicto XVI, en el año 2007, las iglesias ortodoxas reconocieron al Papa como “el primer patriarca” y a Roma como la “primera sede”. También en ese periodo, y entre otros gestos, el patriarca de Constantinopla, Bartolomé I, participó en las Asambleas de Sínodo de Obispos de los años 2008 y 2012.

Todos ellos son avances significativos que jalonan un proceso de acercamiento; si el desencuentro es complejo, el camino de encuentro también lo es. Por eso son importantes los gestos, las relaciones, los diálogos, las deliberaciones, las celebraciones espirituales, las declaraciones teológicas. También durante el pontificado de Francisco se han dado pasos importantes. En su documento programático, el Papa afirma:

«En el diálogo con los hermanos ortodoxos, los católicos tenemos la posibilidad de aprender algo más sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre su experiencia de sinodalidad» (*Evangelii Gaudium*, n. 246).

En mayo de 2014, el papa Francisco se encontró con el patriarca Bartolomé I de Constantinopla, en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Las relaciones con este patriarcado han sido frecuentes y fluidas; cabe quizá destacar las alusiones explícitas a Bartolomé en la encíclica *Laudato Si'*, a quien dedica varios números en exclusiva (cf. *Laudato Si'*, nn. 7-9), así como la presencia del metropolitano ortodoxo Ioannis Zizioulas en la presentación oficial de la misma encíclica.

Lo cual introduce otro elemento delicado, que ahora solo podemos esbozar: ¿Cuál es el significado del Patriarcado de Moscú y cuál es su relación con los demás Patriarcados ortodoxos, particularmente el de Constantinopla? Sabido es que, desde la conquista musulmana (s. VIII), los Patriarcados orientales de Alejandría, Antioquía y Jerusalén asumieron el rol de *primus inter pares* correspondiente al Patriarcado de Constantinopla. Resulta claro desde el punto de vista eclesiológico y espiritual, así como en un importante aspecto moderno, referido a la diáspora ortodoxa en Occidente, sobre todo en Estados Unidos y Francia. Por otro lado, tras la caída de Constantinopla en 1453, se empezó a hablar de Moscú como la "tercera Roma". En la actualidad, el Patriarcado de Moscú ha ido ganando un gran peso demográfico hasta alcanzar el 75% de los ortodoxos del mundo entero; y geopolítico, por el evidente papel de Rusia. Debido a la situación histórica y a las implicaciones políticas, los avances ecuménicos con el Patriarcado de Moscú siempre fueron más lentos que con Constantinopla. Por esta razón, el encuentro entre el papa Francisco y el patriarca Kirill tiene particular relevancia y, evidentemente, hay que suponer que el patriarca Bartolomé ha sido informado del mismo.

Significado de un encuentro

La importancia de la Iglesia Ortodoxa rusa se debe valorar, de nuevo, desde la perspectiva histórica. Como ya hemos apuntado, la estructura del cristianismo oriental es mucho menos centralizada que la del Orbe Católico. Esa realidad, sumada a la herencia simbólica que Moscú recibió de Constantinopla, tras la caída de

esta en manos otomanas en 1453, proporciona algunas claves para comprender la singularidad del patriarcado de Moscú. En 1472, pocos años más tarde de aquella —fecha que para muchos historiadores supuso el fin de la Edad Media— Sofía Paleóloga, sobrina del último emperador bizantino, contraía matrimonio con Iván III, Gran Duque de Moscú. Fue paradójicamente el Papa quien actuó como facilitador de un enlace de dimensión política evidente. La ambición del Pontífice era promover un acercamiento de Rusia a Roma, con el matrimonio como punto de inicio. Ese objetivo resultó un fracaso, pero la enérgica Sofía sentaría, junto con su marido, las bases de la legitimidad pretendida de Moscú —llamada a partir de entonces la Tercera Roma— sobre todo lo que anteriormente había sido el Imperio de Oriente: Bizancio. Los Grandes Duques de Moscovia se convertirían en Zares Autócratas. Rusia encontraba, en efecto, su *Destino Manifiesto*.

No se trata ni mucho menos de una curiosidad histórica. La historia posterior de Rusia, su visión geopolítica hasta convertirse en un imperio global, estuvo sustentada fundamentalmente en esa idea. Fue la que justificó el costoso avance ruso hacia el Mar Negro o la Guerra de Crimea, además de uno de los factores fundamentales para comprender el estallido de la I Guerra Mundial. La *liberación* de Constantinopla siempre estuvo —en efecto— como telón de fondo de la política exterior rusa, junto con la reunión de los cristianos ortodoxos bajo el manto protector de Moscú. Y, aunque parezca paradójico, desde 1917, lejos de renunciar a objetivos que podrían ser tachados de dinásticos o religiosos, los líderes soviéticos acabaron por abrazar la geopolítica imperial con el mismo fervor y entusiasmo que los Romanov. La relación de los líderes revolucionarios con la Iglesia Ortodoxa en sí fue mucho más compleja y dramática.

En efecto, toda religión fue desterrada de la Rusia de los Soviets. Más allá de la sistemática persecución de cualquier práctica religiosa —al menos hasta la II Guerra Mundial— y la formación de un Patriarcado muy activo en el exilio, la imagen dramática de la demolición de la Catedral de Cristo el Salvador en 1931 es quizás el rastro más gráfico de la beligerancia soviética contra el cristianismo. La II Guerra Mundial lo cambió todo. Stalin necesitaba el máximo apoyo posible para prevalecer en la Gran

Guerra Patriótica, y un Patriarcado, bajo severas restricciones por parte del Estado, era una herramienta esencial para movilizar a un pueblo todavía fiel a su fe. La caída de la URSS abriría un periodo complicado en el que costó mucho limar las notables diferencias entre el patriarcado nacional y el exiliado. En efecto, solo en 2007 se ha restablecido la plena comunión entre la Iglesia Ortodoxa Rusa en el extranjero y las autoridades religiosas de Moscú. Hoy, las voces críticas con el Patriarcado de Moscú refieren actitudes demasiado complacientes con el poder político. Más en concreto, con Vladimir Putin, al que el Patriarca Kirill definió como un "milagro del cielo".

Huyamos en cualquier caso de simplificaciones. El papel de Kirill es, sin duda, singular. Dirige la principal de las iglesias orientales, lo que le proporciona una capacidad de influencia real muy superior a la de del Primado de Constantinopla, pero al mismo tiempo es una pieza fundamental en el complejo engranaje político de Rusia. Visto como un aperturista por el ala más radical de la ortodoxia rusa, no puede permitirse un disenso palpable con un poder político no sólo en auge sino abrasivo. Para algunos, los gestos de apertura de Kirill, como su visita a Polonia en 2012, suponen una temeraria apuesta por un ecumenismo filocatólico, más aún cuando desde la caída de la URSS se han producido tensiones con Roma por la percepción de que su ilegítimo proselitismo robaba fieles a la Iglesia Ortodoxa. Con el Estado Ruso, Kirill ha manifestado su deseo de alcanzar un estado de *Symphonia*, concepto bizantino de equilibrio perfecto en el reparto de funciones entre el poder político y el espiritual, lo que implica negar la temida integración formal de la Iglesia Ortodoxa en el aparato del estado. Los equilibrios necesarios para hacer valer esa aspiración en la Rusia de Vladimir Putin son evidentes.

Las claves de una declaración histórica

Con todo ello, podemos analizar ahora cuáles han sido las claves del encuentro entre el papa Francisco y el patriarca Kirill. Las podríamos dividir en generales, geopolíticas, ecuménicas. En lo que corresponde a las cuestiones generales, baste decir que

el documento aborda las principales líneas de consenso entre ambas iglesias, en lo que se refiere a su visión de una moderna sociedad global. Encontramos en este ámbito afirmaciones nada ambiguas con respecto a la familia, la juventud, el derecho a la vida o cuestiones como la condena de la persecución por motivos religiosos, la naturaleza cristiana de una Europa de la que Rusia forma parte o interpelaciones en contra de la eutanasia y el excesivo materialismo de las generaciones más jóvenes. Son estas quizás las cuestiones menos novedosas del documento, no porque no les concedamos trascendencia, pertinencia y profundidad, sino porque nos remiten a posiciones conocidas y compartidas, si bien es la primera vez que ortodoxos rusos y católicos verbalizan sus coincidencias.

En cuanto a las claves ecuménicas, cabe destacar que en el mes de julio se celebra en Creta el primer concilio panortodoxo en 1300 años. Están los que ven en este encuentro una puerta a un *aggiornamento* similar al que supuso para la Iglesia Católica el Concilio Vaticano II. Parece claro que el ecumenismo será una de las cuestiones principales abordadas en el Concilio, pese a la reticencia del ala más conservadora de la ortodoxia, o lo que es lo mismo, del sector liderado por Rusia. El que exista, de cara al encuentro universal de la iglesia oriental, un posicionamiento general con respecto a la cuestión parece sin duda muy importante, si bien es de esperar que los pasos que se den sean cautos. En cualquier caso, la declaración conjunta de Francisco y Kirill es ambiciosa, ya que —si bien se destacan las mutuas diferencias entre ambas iglesias cristianas— se afirma en el texto con contundencia que la meta de ambas debe ser la unidad, desde la percepción de que los puntos de concordia son mucho más vigorosos que los de discrepancia. Dicha unidad solo será posible desde el respeto profundo a tradiciones diversas y sin olvidar una historia conflictiva que abocó a la división.

Como ya hemos apuntado, una de las principales causas que han alimentado la animadversión de la ortodoxia rusa hacia Roma ha sido lo que se ha interpretado como penetración proselitista del catolicismo en la esfera de influencia religiosa de Moscú. En la declaración conjunta se aborda la cuestión en lo que entendemos que es uno de sus puntos clave, el número 24:

«No somos competidores sino hermanos; y esto debe orientar todas nuestras acciones recíprocas y hacia el mundo externo. Instamos a los católicos y a los ortodoxos de todo el mundo a que aprendan a vivir juntos con paz y amor, ya que tengan “los unos para con los otros los mismos sentimientos” (Rm 15,5). Por tanto, no se puede aceptar el uso de medios desleales para inducir a los fieles a pasar de una Iglesia a otra, negando su libertad religiosa y sus propias tradiciones. Estamos llamados a poner en práctica el mandamiento del apóstol Pablo: “Considerando una cuestión de honor no anunciar el Evangelio más que allí donde no se haya pronunciado aún el nombre de Cristo, para no construir sobre cimiento ajeno” (Rm 15, 20)».

El texto es transparente y concreto en este punto, y su precisión debe entenderse como el fin de una cierta guerra fría entre la religiosidad moscovita y la romana, tal y como era entendida por el ala más conservadora de la ortodoxia. El documento es una llamada a la unidad, y desde esa proclamación, se avanza hacia una ambición común de respeto mutuo en la que la expansión de la fe más allá de sus fronteras actuales se convierte en prioridad compartida.

En el ámbito de la geopolítica es donde, sin duda, la declaración conjunta se hace noticia y es el terreno donde más polémica se ha suscitado. Ucrania y Oriente Medio son los dos puntos focales en términos de actualidad internacional de los que Kirill y Francisco se hacen eco. Para algunos observadores, la declaración juega en este campo a favor de las ambiciones de Vladimir Putin en ambos espacios y es evidente que, para el Patriarca Ortodoxo, no es posible marcar distancias netas con la política exterior rusa. Sin embargo, el texto puede ser visto también como un ejercicio de independencia por parte de ambas iglesias ante dos conflictos de naturaleza diversa pero en los que están presentes cuestiones morales fundamentales que competen a los dos líderes.

En el caso de Ucrania, se añade el llamamiento a que la fe común de los ortodoxos rusos y ucranianos no envenene aún más las relaciones entre los pueblos de ambos países y de sus propias jerarquías eclesiásticas. Al mismo tiempo, los fieles de la Iglesia Greco-católica Ucraniana —un rito particular dentro de la Iglesia

Católica— se han encontrado combatiendo en posiciones distintas y enfrentadas a los ortodoxos, aumentando el riesgo de convertir ese conflicto en una guerra de religión. Juegue a favor de quien juegue, la firmeza de Francisco y Kirill al llamar a la paz y la concordia, a no esgrimir el nombre de Dios con un rifle en mano, es digna del mayor encomio y de nuestro pleno aplauso.

Lo mismo cabe decir de Siria e Irak y de Oriente Medio, en general. Una tierra convertida en archipiélago de conflictos candentes y latentes en el que la lucha política se mezcla con un fanatismo religioso que ha tenido a los cristianos, católicos u ortodoxos como una de sus víctimas preferentes. De nuevo, resulta frívolo buscar ganadores en la llamada de ambos líderes a la paz, a la gestión generosa, urgente y decidida de la crisis de refugiados que ha desatado el conflicto en Siria, y a un cese de las hostilidades en ese país que abra paso a un entendimiento que sea duradero, base sólida para la derrota del terrorismo, y que permita huir del fantasma de una escalada de dimensión internacional. La alusión a la creciente conflictividad entre Rusia y Occidente es evidente, pero también lo es —desde una necesaria huida de los detalles— la independencia y la sensatez de una declaración que debe ser vista como una llamada de atención para las conciencias de todos los gobiernos y actores con algo que decir en Oriente Medio. Que católicos y ortodoxos caminen de la mano en esta cuestión fortalece sus argumentos y su autoridad, y para el Patriarca de Moscú, lejos de suponer un gesto de sumisión a su gobierno, puede ser una ventana a una mayor independencia.

Conclusiones

Quedan cuestiones pendientes y un largo camino por recorrer, en lo espiritual y también en las cosas de este mundo. Un universo fraguado por un milenio divide a la Iglesia Ortodoxa y a la Católica, aunque una fe fundamentalmente común, y la devoción al mismo Dios suponen un sólido punto de unión. Solo el tiempo dirá si esta declaración fue un comienzo o un relámpago en un cielo claro. Lo que parece evidente es que la diplomacia vaticana

está dispuesta a arriesgar con el papa Francisco, y a recorrer caminos inexplorados hasta ahora, sobre los cimientos asentados por sus antecesores. No es casual que el encuentro que hemos analizado en estas líneas haya tenido lugar en una Cuba que se abre al mundo gracias en no poca medida a la intermediación del Papa. Una Cuba que puede jugar un papel relevante en las relaciones internacionales, como puente entre Rusia y Occidente, mientras busca su camino hacia las plenas libertades, y que nos habla de una estrategia global por parte del Vaticano para hacer del mundo un lugar mejor. Todo indica que la Ortodoxia Rusa está dispuesta igualar la apuesta en el camino que comienza. Son motivos para felicitarnos todos, y para recordar —en efecto— que si mil años nos separan, nos une el mismo Dios. ■

SALTERRAE



JOSÉ M^a FERNÁNDEZ-MARTOS

Misericordia acogida, misericordia entregada *en la casa común*

264 págs.
P.V.P.: 14,00 €

Meditar y escribir sobre la misericordia de Dios cuando miles sufren guerras, hambres, naufragios y éxodos inciertos, desencadena un duro combate. La fe cristiana y la palabra de Dios reconfortan y consuelan. Pero dramas tan sangrantes conmocionan e interrogan: ¿Cómo es tanta su misericordia y tan desoladora nuestra miseria? Conscientes de nuestra pequeñez, buscamos curar alguna herida desde la fuerza serena de lo posible. Y queremos recordar, en este Año Jubilar, las obras de misericordia, que, como humildes canales, vehiculan el alivio de la misericordia del Dios que es todo consuelo.


GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
